

CIENCIAS.
ARTES.
HISTORIA.
LITERATURA.
CRÍTICA.
VARIEDADES.

Literatura Hispano-Americana

SUPLEMENTO ILUSTRADO

Regalo a los abonados de la Revista ESPAÑA Y AMÉRICA

CÁDIZ, ABRIL DE 1914

AÑO II NÚM. 10

Colaboradores Españoles y Americanos

Aguilar Tejera (A.)
Arciniegas (Ismael E.)
Arelval (Antonio).
Belmonte Muller (G.)
Colombine.
Cordero (Juan L.)
Díaz de Escovar (N.)
Estrada (Norberto).
Fernández Lasso (M.)
Fernández del Villar (J.)
García Morales (P.)
Gómez Carrillo (E.)
Gómez Jaime (A.)
González Anaya (S.)
González Blanco (A.)
González Olmedilla (J.)
Hoyo (Antonio de)
Huertos (Luis G.)
Iñiguez (Benigno).
Jara Carrillo (P.)
Jiménez (Juan R.)
Lasso de la Vega (R.)
León (R.) Ricardo

Monterrey (Manuel.)
Ortega Morejón (José).
Orti Belmonte (V.)
Pelayo (Miguel).
Pérez Fernández (L.)
Pérez Sarmiento (J. M.)
Prada (Gloria de la).
Pichardo (Manuel).
Quintero Atauri (P.)
Recio Díaz (José).
Restrepo Gómez (F.)
Riaño de la Iglesia (P.)
Rodao (José).
Rodríguez Embil (L.)
Rueda (Salvador).
Sánchez Rodríguez (José).
Sandoval (Manuel de).
S. Román (Miguel de).
Santacruz (Pascual).
Ugarte (Manuel).
Vázquez de Aldana.
Vázquez de Sola (E) (A)
Zamacois (E).

RECUERDOS DE AYER

Intimidaciones del Teatro

MI PRIMERA LECTURA

Lo que voy a referir ocurrió... el otro día: el año de 1874.

Cursaba yo el tercero de medicina. Había publicado ya varias poesías en *El Garbanzo*, gracias a la benevolencia de mi inolvidable amigo Eusebio Blasco, el cual tuvo que advertir a los lectores que *Vital Aza* no era un seudónimo: que *Vital* era el nombre y *Aza* el apellido de un joven estudiante.

Hay quien todavía no se ha convencido. Algunos me llaman *señor Vital*, como podrían decir *señor José* o *señor Paco*, y no hace dos meses una señorita cubana, que me pedía una postal, me dirigía el sobre en esta forma: «Señor don Alberto Vitalaza.» ¿De dónde habrá sacado esa señorita que yo me llamo Alberto? Sin duda oyó hablar de mi estatura, y me confundió con Aguilera.

Mis poesías de *El Garbanzo* me habían proporcionado cierta popularidad entre los alumnos de San Carlos; pero para la gente de teatro era completamente desconocido.

Escribí por entonces mi primera obra: *Basta de matemáticas*. Se la leí a mi querido amigo Ramos Carrión, que era ya un autor muy aplaudido y respetado, y Miguel, aquella misma noche, con un interés y cariño que no he olvidado nunca, la recomendó personalmente a los empresarios de variedades. Acordaron que al día siguiente iría yo a leer mi comedia a Juan José Luján, que había de ser el protagonista.

Y aquí de mis apuros. Nada azora tanto como la lectura de la primera obra... y la de todas las siguientes.

Llegó el día señalado. Era el 9 de Enero de 1874. Hay fechas que no se olvidan nunca. A la hora convenida, a las dos de la tarde, llegué a la puerta del Teatro de Variedades con mi

manuscrito, con la tarjeta de Ramos y... con un miedo que no me cabía en el cuerpo. Entré en el portal, atravesé un patio, subí una escalerilla, crucé un pasillo largo y oscuro, y luego otro más oscuro y más largo, y por fin, dándome encontrones contra las paredes, llegué al fondo del escenario, término de mi fatigosa jornada. Los cómicos que entraban y salían me miraban con extrañeza, y alguno dijo: —¿Qué traerá por aquí ese tío tan largo?

Yo, a pesar del frío, sudaba la gota gorda; mi corazón palpitaba con violencia extraordinaria, y tentado estuve de andarse lo andado, de salir a la calle y de abandonar para siempre mis tentativas teatrales... Envuelto en la sombra y arrimado a un bastidor, permanecí inmóvil yo no sé cuánto tiempo. Al fin se abrió una mampara, y un empleado se me acercó y me dijo: —¿Qué desea usted?

—¿El señor Luján?— pregunté con timidez.

NUESTROS COLABORADORES



D. ALFREDO GÓMEZ JAIME
Brillante poeta colombiano.

—Sí, señor; ahí está en el saloncillo. Pase usted.

Y pasé al saloncillo. Allí estaba Luján, el popularísimo Luján, sentado en un sillón, enfrente de una mesa, en la que se veían restos (no muchos) de un copioso almuerzo. Luján era gastrónomo. Tenía un plato predilecto: la longaniza frita; la compraba por varas.

La presencia de aquel actor, a quien yo tanto admiraba, y el temor de que mi obra no fuera de su agrado, me tenían en un estado de perplejidad que yo no podía dominar.

—Pase usted adelante y tome asiento— me dijo Juan José, notando mi turbación.

Y me senté cerca de la puerta.

—¿Usted gusta?

—No, señor; muchas gracias; acabo de almorzar.

Mentira. Aquel día sólo me había desayunado, temiendo que el almuerzo me hiciera daño con la impresión de la lectura.

—Usted dirá...

Soy el recomendado del señor Ramos Carrión...

—¡Ah, sí! Ayer me habló Ramitos. (Entonces le llamaban *Ramitos*; hoy le llaman *don Miguel*), ¿Trae usted la obra?

—Sí, señor— contesté desenvolviendo equivocadamente unos apuntes de Terapéutica que llevaba en el bolsillo.

—Mucho abulta eso...

—¡Ay!, usted dispense. Estos son unos apuntes. Yo soy estudiante, ¿sabe usted? La comedia es esta. Un juguete cómico. En un acto nada más, ¿sabe usted? Se titula *Basta de matemáticas*. Es lo primero que escribo para el teatro, ¿sabe usted?

Ya sé, ya sé. Pero acérquese más y siéntese ahí enfrente, en esa silla.

—Sentiré molestarle... Veo que vengo en mala ocasión... Ya volveré otro día.

—¿Para qué? Ya he concluido de almorzar. Mientras tomo el café puede usted leerme la obra. ¿Estará en verso, eh?

—No señor, en prosa.

—Lo siento.

—Si usted quiere la versificaré.

—No, no hace falta. Déjela usted en prosa. Pero al público le gusta más el verso, suena mejor y se aprende con más facilidad. Los sainetes de Ricardo de la Vega me gustan por eso.

(—Por eso... y por que te los vendo a cuarenta duros— diría seguramente el ilustre sainetero).

—Empiece usted.

—Con su permiso beberé un poquito de agua. Tengo la boca seca. Debe de ser el calor.

—¿El calor en este tiempo?

—Es verdad, sí, señor. Está el día muy frío, Y me callé, porque no se me ocurran más que tonterías.

—Vamos, joven; empiece usted, que ya escucho.

Con voz débil y manos temblorosas comencé la lectura. ¡Qué angustia tan horrible! Ningún examen de asignatura me había producido efecto semejante. Leía atropelladamente, equivocándome a cada cuatro palabras... Cuando llegaba lo que yo creía que era un chiste, bajaba la voz, temiendo que no le hiciera efecto... No me atrevía a mirarle a la cara, para no sorprender su disgusto... Y leía, y leía, sin separar la vista del manuscrito, y ya iba a llegar a la que yo juzgaba la mejor situación cómica de la obra, cuando un fuerte ronquido me hizo levantar la cabeza.

¡Luján, el pletórico Luján, se había quedado profundamente dormido y roncaba como un bendito!

Y allí de mis dudas. ¿Qué hacer? ¿Seguir leyendo o marcharme a la calle? Me decidí por el término medio. Cerré el ejemplar y resolví esperar a que mi oyente se despertara.

Pasaban veinte minutos, media hora y nada. El sueño era cada vez más profundo, y los ruidos más estrepitosos.

Por fin la Providencia, con delantal y servilleta al hombro, vino en mi ayuda.

El mozo de café entró a recoger el servicio, y al ruido de los platos y de las bandejas se despertó Juan José.

Restregóse los congestionados ojos y, desahogándose con un prolongado bostezo, me dijo, levantándose:

—Está bien. Déjeme usted la obra. Habrá que hacer algunos cortes.

A mí, en aquel momento, no se me ocurrió más que un corte; pero no me atreví a hacerlo.

Salí a la calle desesperanzado y dudando de la influencia de *Ramitos*; pero ¡oh felicidad!, a los pocos días recibí citación para los ensayos, y al mes siguiente, el 7 de Febrero, se estrenaba *Basta de matemáticas*, con un éxito grandísimo, extraordinario... A la mitad de la representación y al final de un monólogo, que dijo el simpático Ruesga como los propios ángeles, sonó un aplauso cerrado, nutrido, estrepitoso...

Ruesga corrió a la caja de bastidores, y ayudado de los que estaban conmigo, y que me empujaron como un fardo, me sacó a escena a recibir personalmente la primera ovación de mi vida. ¡Qué aplausos aquellos! ¡Parecía que se hundía el teatro!

Debo advertir ingenuamente, y como explicación de aquel éxito, que el teatro estaba lleno de estudiantes de medicina, y ya se sabe lo que son los alumnos de San Carlos cuando se trata de jalear a un compañero. Dígalo si no la ovación que algunos meses más tarde me hicieron en el estreno de *Aprobados y suspensos*. ¡Dios bendiga a aquellos jóvenes de entonces, ahora respetables padres de familia, y de los cuales muchos, por fortuna, son hoy gloria y orgullo de la medicina española!

La obra se representó doce noches seguidas. Alcanzar la *doce representación* en aquella época significaba un gran éxito. Hoy hubiera parecido un fracaso.

El final de aquel maravilloso monólogo sólo se aplaudió en la primera representación. Mis compañeros de San Carlos no habían vuelto por el teatro.

Al mes y medio de este estreno le dije un día a Luján:

—Oiga usted, Juan José (ya le trataba con confianza); mañana le traeré a usted otra obrita.

—¿Otra? Vamos, pollo: veo que no se duerme usted sobre los laureles.

—No, señor; el que se duerme es usted.

Y Luján, tragando saliva cómicamente y abriendo aquellos ojos edematosos—síntoma de la enfermedad que le ocasionó la muerte,—me replicó, riéndose a carcajadas:

—Es la longaniza. Cuando se come longaniza no se puede oír la lectura de ninguna obra.

Y desde entonces, cuando voy a leerle una comedia a algún actor, me entero de si ha comido longaniza, porque como la haya comido, ¡no se la leo!

VITAL AZA (†)

El número 13

Trece era el número sagrado de los antiguos mexicanos de Yucatán. Su semana se componía de trece días y trece eran los dioses que adoraban.

Nuestro querido colaborador, el brillante poeta colombiano Alfredo Gómez Jaime nos favorece hoy con un precioso poema suyo, «Paladines de Ensueño», con el que honramos esta página literaria.

Agradecemos en cuanto vale la atención del distinguido autor de «Rimas del Trópico» y celebraremos nos favorezca frecuentemente con sus hermosos trabajos.

Paladines de Ensueño

(POEMA)

Incendiada

por un rojo sol que arde
como un áscua de rubies
que palpita entre los oros
derretidos de la tarde;
la llanura,

ancha, estéril, desecada
como el lecho saturado de amargura
de algún viejo mar, se extiende
silenciosa y desolada.

Es la hora en que las aves
van en busca de sus nidos;
hora dulce, en que resuena como un coro de
(gemidos)

el mugir de la bacada.
Pero allí, sobre la torva soledad de las arenas,
sólo escuchanse apagados los aullidos de las
(hienas
que recorren el desierto con famélica mirada.

De improviso, a lo lejos,
viva nota que interrumpe del paisaje
la tenaz monotonía,
un jinete misterioso se adelanta
cual fantasma que surgiera
de la sorda lejanía.

Lentamente,
avanzando por el fondo de la tétrica llanura
que parece ensangrentada por las luces del po-
(niente,

se aproxima el caballero cuya exótica figura
en el cárdeno horizonte se divisa
melancólica y doliente.
Sobre el lomo enflaquecido de menguado caba-
(llejo)

atraviesa la llanada,
y en el peto que lo cubre,
y en su adarga destrozada,
prende el sol con su reflejo
deslumbrante llamarada!

Cuán extraña se dibuja su fantástica silueta
bajo el cielo enrojecido.
Ya está cerca; puede verse su semblante;
es ya viejo, viene mustio y abatido.
Cual medrosa aparición apoxímase inquietante
y su sombra se proyecta colosal
como sombra de un gigante!

Es el noble, es el bizarro paladin de la hermo-
(sura,
el Manchego soñador que se aleja sin ventura
por el trágico desierto.

Por primera vez, acaso, va sin fé, sin esperanza,
y deshecha su armadura, roto el hierro de su
(lanza,

pasa triste y solitario por aquel camino incierto,
con extático mirar,
desangrado, casi muerto!

Há ya tiempo que recorre silencioso
los senderos de la Vida.
Ya ni el rústico escudero holgazán y malicioso
le acompaña, roja herida
le decora el pecho noble,
como rosa que se abría palpitante y encendida
sobre el áspera corteza de alto roble.

El escuálido rocín cambia el trote fatigado
en andar penoso y lento,
y el Manchego aunque abrumado
por agudo sufrimiento,
quiere en vano, al rigor del acicate,

animar al viejo amigo, compañero de combate,
que tropieza al avanzar tembloroso y macilento.
El crepúsculo engrandece las remotas soleda-
(des,

y los ojos del Andante, vagarosos y febriles,
se deslumbran ante aquellas prodigiosas clari-
(dades
que le fingen milagrosas y fantásticas ciudades,
áureas torres y palacios de quiméricos perfiles!
Mas en breve los incendios del ocaso
abatidos desfallecen,

a lo lejos la llanura va tornándose sombría
y a medida que los fuegos de la tarde palidecen
es más lúgubre, más triste
la extensión hosca y bravía.

El Hidalgo, por extrañas emociones conmovido,
bajo un hálito de muerte, bajo un hálito de ol-
(vido)

se detiene palpitante,
y dos lágrimas inmensas como estrellas doloro-
(sas
ruedan claras, temblorosas,
por su lívido semblante.

**

De súbito, en el fondo de la extensión desierta,
dibújase una sombra que undívaga e incierta,
avanza silenciosa desde el confín distante
cual si viniera en busca del caballero andante.

Es una sombra apenas, borrosa y tan lejana
que así puede ser nube como silueta humana.
Pero vánse acentuando sus contornos, y luego
del callado horizonte sobre el pálido fuego,
puede verse la extraña, misteriosa figura
del movable fantasma que surgió en la llanura.
Es un hombre que avanza con andar grave y
(lento;

es un martir que llega dolorido y sangriento.
Con los pies traspasados, singular peregrino,
rojas huellas señalan su penoso camino.

En su fino semblante de expresión noble y pura
lleva impresos los rastros de espantosa tortura
y sus ojos profundos, pesarosos y bellos
que penetran el alma con sus claros destellos,
resplandecen dulcísimos en tan hondo que-
(branto)

como garzos luceros empapados en llanto.
Da congoja el mirarlo tan hermoso y tan triste:
sus cabellos son blondos, larga túnica viste.

Rudas manos, feroces como garras felinas
le ciñeron la frente con diadema de espinas.

Mas orlando el martirio de su faz dolorosa
el reflejo divino de una lumbre gloriosa
forma un halo temblante que al nimbar su ca-
(beza)

aprestigia el encanto de su extraña belleza,
y cubierto de sangre y aureolada la frente
se destaca en la tarde majestuoso y doliente.

**

Don Quijote está inmóvil en mitad del desierto,
sus pies huellan el polvo; su caballo está muer-
(to.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y sombrío
con absortas miradas interroga el vacío.

Y sus armas que dicen de aventuras remotas
en la arena se humillan dispersadas y rotas.
Al sentirse tan solo, bajo tanta amargura,
a dejarlo comienza su gloriosa locura.

Mas pensando en la Vida con recóndito empe-
(ño,

separar aún no logra la Verdad del Ensueño.
Y confuso vacila cuando advierten sus ojos
aquel hombre que llega coronado de abrojos.

Aquel hombre tan pálido que lo mira y sonríe
con sonrisa tan dulce que su pena deslíe,
mientras vaga en sus ojos de apacible belleza
una lumbre que llora con divina tristeza.

y el marcial caballero cuyo gran corazón
no tembló ante las garras del crinado león;

dominado y vencido por la intensa mirada
de aquel mártir que llega con la faz lacerada,
«Oh! ¿Quién eres, prorrumpes, misterioso viajero
que así turbas el alma del mejor caballero
que cruzó las edades? Sin escudo, sin lanza,
combatir ya no puedo; mi postrera esperanza
se perdió; voy sin rumbo, ya no queda ni un
(brote)

del arrojó invencible del que fué Don Quijote.
¿Por ventura a mí vienes fugitivo y errante
a buscar un refugio contra fiero gigante,
o pretendes que en rara y espantable aventura
mi valor te acompañe por salvar la hermosura?
Es inútil; aléjate, no detengas en vano
tu azaroso camino, ya no puede mi mano
sostener el acero que a distancia, cobardes,
los villanos rompieron con sonoros alardes.
¿Qué persigues, la Gloria, la Virtud, la Nobleza?

¿Te fascinan las Armas, el Amor, la Belleza?
¡Oh viajero, conoces de seguro esos nombres
pero ignoras acaso la ruindad de los hombres.

Yo también he buscado la serena hidalguía
y encontré desengaños y procaz felonía.

Sobre el haz de la tierra pavorosa y manchada,
ya no triunfa el poema del honor y la espada.

En porfiada contienda con oscuros malsines
se abolló mi armadura, sus estacas ruines
al herirme en gavilla con menguados excesos
magullaron mi carne, destrozaron mis huesos.

Y en mis altas fazañas, en mis hechos mejores,
fué robada mi gloria por los magos traidores.

Ahora sólo en el yermo, miserable, abatido,
sólo espero la Muerte, porque soy un vencido.

¿Pero acaso tú eres maligno encantador,
y con burlas pretendes aumentar mi dolor?

Sigue, déjame solo que al fenecer el día
se habrá roto el espejo de la caballería.»

Muy cerca del Hidalgo que sus pesares hondos
delata, el peregrino de los cabellos blondos
su paso ha detenido, y atento, silencioso,
escucha aquel relato febril y doloroso.

Y cuando ya enmudece la queja del Manchego,
con tono acariciante como si fuera un ruego,
«escúchame, le dice, yo comprendo tus males
pues mi pecho está herido por los siete puñales
del Dolor, y conozco del espíritu humano
los oscuros abismos, el terrífico arcano,
donde pliegan sus alas los más puros anhelos
y naufraga la misma claridad de los cielos.

Bien conozco a los hombres. Cuantas veces,
(amante,
a la senda gloriosa los llamé suplicante.

Y cuán pocos guardaron mis sentidos acentos
que con mano sedosa dispersaron los vientos!

Sed hermanos, les dije, disipad el coraje,
que abrigais en los pechos con encono salvaje.

Sed humildes, las vanas opulencias del oro
son ensueño que pasa; recoged el tesoro
que en mi patria fulgura bajo un haz de cente-
(llas

y los ángeles guardan con cerrojos de estrellas.
No me oyeron. La fiebre de riquezas los mueve
absorbiendo su vida tan precaria y tan breve.

Y gimiendo se aleja la divina esperanza
de los campos siniestros de la roja matanza.

Por amor a esos seres yo también he sufrido
el insulto, la befa, la traición y el olvido.

Y conozco el tormento de su ingrato abandono
y conozco sus iras, pero yo los perdono!»

Don Quijote al oírlo se conturba, el acento
de aquel hombre que surge como raro portento
lo conmueve, le nubla las pupilas en llanto
y a la par lo estremece de placer y de espanto.
Oprimiendo en sus manos la ardorosa cabeza
al viajero contempla con extraña fijeza;
y de pronto agitado, con mirar temeroso,
como aquel que despierta de un ensueño an-

(gustioso:

«¡Por mi Dios, clama entonces, esa faz yo la he
(visto

en la cruz, en los templos; oh Señor, si eres
(Cristo!»

Y ante aquella grandeza, que contemplan sus
(ojos,
con los brazos tendidos se desploma de
(hino-
(jos.

Confundido, medroso, Don Quijote no sabe
que decir, cuando escucha que con voz dulce y
(grave:

«Si, soy yo, mas levántate le dice el Nazareno;
en tu espíritu noble, luminoso y sereno,

ni una mancha se mira que pudiera turbarte
y tu ensueño allí flota cual glorioso estandarte.

Ven conmigo, yo quiero que cese tu agonía,
no enturbie el desengaño tu diáfana hidalguía.

Entre agresivos cardos, sobre la tierra impura,
los lirios van dejando girones de su albura.

Eres como árbol viejo cuyas marchitas ramas
han sabido dar flores ardientes como llamas.

Y como higuera joven tu senectud frondosa
en oro y miel ofrece su savia generosa.

Levántate, yo vengo para seguir contigo
a un reino en cuya entrada sucumbe el enemigo
que a la Virtud arranca sus victoriosas palmas
y enturbia los divinos anhelos de las almas.

De ese Reino los altos y diamantinos muros
no rompen los soberbios ni salvan los impuros.

Pero fulgentes, dóciles, sus puertas de zafiro
se abren si es que las tocan las alas de un sus-
(piro.»

«Señor, exclama entonces el triste caballero
que débil se levanta: Llévose mi escudero
el bálsamo famoso que cura las heridas
y guarda misteriosas virtudes escondidas:

Con su poder acaso tornara mi pujanza
para embrazar mi escudo, para blandir mi lanza.

Y así pudiera ¡oh Cristo! seguirte y defenderte
de todos los malsines que osaron ofenderte.

Contigo así llegara cual paladín triunfante
hasta ese ignoto reino de muros de diamante,
donde quizá te esperan los mágicos dragones
que entre sus dientes hacen crugir los corazo-
(nes.

Entonces yo venciera con renovados bríos
a todos esos monstruos feroces y bravíos.

Y con mi fuerte espada de filos vengadores
rompiera el sortilegio de los encantadores.

Mas ¡ay! Empeño inútil; ya siento que la vida
se escapa con la sangre postrera de mi herida.

Y no puedo seguirte, mi negra desventura
me aparta de tan grande prodigio y aventura!

Señor: está mi brazo desfallecido y yerto,
mis armas están rotas y Rocinante ha muerto!»

El hidalgo enmudece; con la frente inclinada,
clava en tierra la turbia y anhelosa mirada.

Y Jesús contemplándole con bondad infinita
en extraños problemas silencioso medita.

Son instantes supremos. Sublimes emociones
conmueven esos grandes y tristes carazones
que sufren bajo el dombo de la callada esfera
por el dolor que aflige la humanidad entera.
Y absortos enmudecen los nobles peregrinos
que el Ideal buscaron por todos los caminos.

Por sobre sus cabezas el cielo se ha tornado
azul, y se dilata sereno, despejado.

Mas en su fondo límpido va bogando una nube,
tan blanca, tan radiosa, que parece un querube,

Jesús en ella fija su celestial mirada
y majestuoso tiende su mano ensangrentada.

La nube entonces dócil, como si comprendiera
aquella señal muda, suspende su carrera.

Y nivea, esplendorosa, bajando dulcemente
con las arenas roza su fimbria refulgente;

y ante los pies de Cristo, sedosa y luminosa,
como un tapiz de lirios se extiende temblorosa.

Don Quijote vacila, sintiendo que los lazos
de su vida se rompen; el Ungido en sus brazos

le sostiene, y con honda, compasiva ternura,
una frase a su oído misterioso murmura.

Forman así enlazados un grupo noble y bello.
Jesús se transfigura. Prodigioso destello,

resplandece en su testa coronada de espinas,
en su abierto costado y en sus manos divinas.

El hidalgo su frente reclina moribundo
sobre el herido pecho del Redentor del mundo.

Y la espléndida nube que sus rizos desata
como un manto tejido con jazmines de plata:

los circunda en los pliegues de su diáfana al-
(bura,

los envuelve en sus sedas de radiosa blancura,
y cual grupo de cisnes que se aleja ondulante

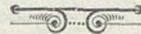
a lo azul va con ellos majestuosa y triunfante!

Se apaga el Sol; un lívido fulgor desfalleciente
aún tiembla entre las rosas marchitas del po-
(niente,

como palpita el último destello dolorido
bajo el sangriento párpado del gladiador ven-
(cido.

Y en tanto que los genios del Ideal, gloriosos,
se alejan por el éter, serenos, silenciosos;
abajo, en la llanura, las fieras hambreadas
se agrupan en rugientes, famélicas manadas.
Y bajo la tristeza de un cielo agonizante,
en sórdida batalla, chafando las arenas,
por el despojo misero del viejo Rocinante
se hieren, se destrozán en su furor las hienas!

ALFREDO GOMEZ JAIME.



LAS MUJERES

Son la alegría del mundo, y con las flores
constituyen el encanto de la vida terrenal.

Esto lo han dicho ya todos los autores, ora
en versos fluidos y soñosos, ora en prosa al
alcance de todas las fortunas.

Si amar es vivir, el amor apenas si se concie-
be sin la mujer.

Quitad a Venus de la mitología pagana, y
habréis dejado el Olimpo como un jardín sin
su mejor rosal.

La mujer es el ser más delicado y al mis-
mo tiempo el más sufrido. El hombre hizo en
provecho propio las leyes; y no contento con
esto, echó siempre la culpa de todas sus mal-
dades a la mujer.

«¿Quién es ella?» murmuraba en seguida
que descubría un delito Mr. Jachal. «¿Quién
es él?» habría que preguntar muchas veces
cuando se ven mujeres que avergüenzan a su
sexo.

Es verdad que sin hombres no habría socie-
dad, ni estaría habitada por seres inteligentes
la numerosa casa de huéspedes que se llama
«tierra»; pero sin mujeres tampoco habría ha-
bitantes.

Aun en estos tiempos del tranvía eléctrico,
hay chicos que estudian carambolas, que afir-
man muy serios la inferioridad de la mujer.

¡Pobrecillos! Ya se lo dirán de misas cuan-
do tras la carambola vengan también los palos.

El sexo débil, como dijo Serra, es el menos
débil de los sexos. Su poder es inmenso, ili-
mitado, inverosímil.

Dad participación—¡Dios nos libre!—a la mu-
jer en la política y en la Administración del
Estado, y vereis la que se arma.

El día que la mujer tenga voto—porque voz
ya la tiene—hay que salir votando al chapiro
verde.

La mujer es como las flores (esto lo he lei-
do también varias veces), y como las flores,
salvo excepciones que justifican la regla, to-
das son bellas; pero ¡ay! no todas son buenas.
Las hay tan venenosas como la adelfa y con
tantas espinas como las rosas.

Nacen, viven y mueren mustias y marchitas,
como una camelia, pero embalsaman la vida
con su aroma y alegran la existencia con sus
encantos.

¿Quién no ha suspirado por una mujer?
¿Quién no se ha enamorado en alguna oca-
sión?...

Por las mujeres todos hemos hecho mil ton-
terías, desde pasarnos al sereno una noche,
hasta pasar sin pagarle al sereno varias no-
ches; pero también nos han evitado cometer
infinidad de atrocidades con sus consejos.

La bella mitad del género humano es de me-
jor género que nosotros.

La carrera de la mujer es el matrimonio,
pero el matrimonio es el estado perfecto del
hombre. En el hogar ella es quien primero
educa a los hijos y la última que se desespere
con ellos.

Las mujeres están libres del servicio militar, pero tienen condiciones admirables para la táctica y la estrategia, para la marcha y para lucha.

Ellas no lucharán a pecho descubierto, pero Marte nos libre de tan mal enemigo.

Las mujeres, con tener fama de caprichosas, lo son aún menos que los hombres.

Cierto que hay algunas que rayan en lo ridículo, pero son las menos.

En cambio, las hay tan sencillas y tan buenas! Yo confieso ingenuamente, amable lectora, que... (en secreto) me gustan ustedes mucho.

España, desprovista ya de otros méritos, puede todavía enorgullecerse de sus mujeres.

¡Lástima que vayan también perdiendo su carácter y cambien la airosa mantilla y los claveles rojos por el exótico sombrero y el broche de reluciente *doublet*!

Pero de eso no tienen las pobrecitas la culpa, porque hay que tener en cuenta que a la mujer, por regla general, la visten sus enemigos.

Y ¿saben ustedes cual es el enemigo mayor de la mujer? Pues... las mujeres.

CANDELA.

Ley curiosa

En Grecia rige una ley singular. Todo condenado a muerte no puede ser ejecutado hasta dos años después de dictada la sentencia.

BRONCES ISTMICOS

EL ADELANTADO

Grande por decidido y abnegado,
por valiente y altivo y orgulloso,
en más de una ocasión fué generoso
y en todas atrevido y denodado.

Fué por sus compañeros muy amado,
y temido del indio belicoso,
que siempre un enemigo poderoso
miró en él arrogante Adelantado.

Pero después... al golpe de la envidia
sucumbió cierto día el jerezano
víctima del rencor y la perfidia.

Regó su sangre el istmo colombino,
más al manchar el suelo americano
salpicó para siempre al asesino.

*

*

EL ASESINO

Fuiste, Pedrarias, bajo y sanguinario,
y en nombre de la Ley, por ti violada,
dejando a la justicia atribulada
ejerciste de vil patibulario.

De Justador valiente y temerario
quedó tu vieja fama mancillada,
y tu memoria ingrata, condenada
aparece en la Historia, ¡Oh victimario!

Que de envidia y de odio el pecho lleno,
obligaste a morir a un hombre bueno
en infamante e inmerecido tajo;

Mucha crueldad mostraste, mucha saña,
y costará al historiador trabajo
asegurar que fuiste hijo de España.

GUILLERMO ANDREVE.

pensier, y esa vida fogosa y palpitante, da atractivos al relato siempre animado, siempre ameno y pintoresco.

El augusto autor—que viste el honroso uniforme de la Marina española—consagra un noble y piadoso recuerdo a los marinos franceses conquistadores de este Paraíso llamado Indo-China.

La casa Maucci, de Barcelona, al editar esta obra—traducida con todo primor al castellano por el notable poeta Blanco Belmonte,—ha hecho al público español e hispano-americano un exquisito obsequio; pocas veces, al leer un libro, se experimentarán sensaciones tan gratas como las que produce el «viajar» por las encantadas comarcas del Extremo Oriente llevando por guía al intrépido hijo de la Condesa de París: al Duque de Montpensier.

Un lujoso volumen de más de 300 páginas con 136 fotografías grabadas en papel satinado, 8 pesetas en rústica y 10 encuadernado.

ROSAS DE PASIÓN, poesías de Carlos Miranda, con un prólogo de Salvador Rueda.

Acabamos de leer un bello libro. Conocíamos a su autor como poeta festivo, como ingenioso comentarista de la actualidad en *El Liberal*, de Madrid, y si de vez en cuando vimos su firma al pie de una poesía *seria*, siempre pensamos que era una lástima perdiese tan buenas disposiciones.

Por eso hoy no nos sorprende la obra de Miranda, que anhelábamos poder apreciar reunida e íntegra, y—como advierte el prologo—, cuantos aman el excelso tesoro de nuestro idioma, cuantos americanos y españoles rinden culto al arte de la palabra escrita, cuantas naciones del lado allá de los mares se distinguen por la señal sublime de llevar en los labios la lengua de Quevedo y de Cervantes, sepan que el no sólo maravilloso versificador, sino también alto y noble poeta Carlos Miranda, lanza al público este tomo de poesías, donde, de sus diversas aptitudes de hombre de letras, ha destilado la luz más intensa de su alma, sus sentimientos más santos y ocultos, aquellos de que sólo es digna forma de contenerlos el vaso clarificador de la poesía.

En *Rosas de Pasión*, como afirma Salvador Rueda, hay arte y temperamento, y su autor, a pesar de todas sus sabidurías de embrujador y nigromante del léxico, es en el fondo, una fruta natural. No hay nada más que temas humanos y eternos y un poeta original que los siente y que los canta en estilo propio.

Hermosamente editado *Rosas de Pasión*, honra a la casa Maucci, de Barcelona, que ha demostrado cuánto bueno puede hacerse en pro de las artes del libro español, con un poco de voluntad y entusiasmo.

Está el volumen impreso con gran esmero en papel apropiado, ilustrando sus páginas multitud de bellos grabados alegóricos, originales de los famosos artistas P. Chumann y F. Soler y ostenta una acertada cubierta de otro dibujante ilustre, Romero Calvet, cuya firma es una especialidad para esta clase de trabajos.

Rosas de Pasión forma un tomo de cerca de 300 páginas y se vende al precio de 2 pesetas en las mejores librerías de París, España y América.



En esta sección daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, siempre que recibamos dos ejemplares. La Redacción se reserva el derecho de no dar cuenta de aquellas obras que por sus ideas o tendencias, no se ajusten a la índole de esta Revista.

RASTROS DE LA VIDA, por Nicolás Estévez.—Garnier hermanos, editores, París.

Cuantos gustan de los trabajos anecdóticos que rememoran los tiempos que ya se alejaron, acojerán este libro con la satisfacción con que se recibe un manjar predilecto; de lo que puede calificarse la lectura de este volumen, que ha de merecer, sin duda alguna, los honores de la segunda edición en plazo no muy lejano, por el interés que encierra.

Consta esta obra de unos cincuenta trabajos, escritos en galano estilo, y entre ellos figuran algunas de las mejores composiciones poéticas de su esclarecido autor.

EL BRAVO, por F. Fenimore Cooper, dos tomos.—Garnier hermanos, editores, París.

Una nueva novela del famoso escritor inglés Fenimore Cooper viene a enriquecer la ya numerosa colección del mismo autor que viene publicando, lujosamente editadas, la acreditada y antigua casa Garnier.

La mejor recomendación que puede hacerse de este autor, es decir que han sido traducidos todos sus libros, siendo uno de los au-

tores predilectos del público selecto, que gusta de la literatura extranjera.

EN INDO-CHINA.—Mis viajes.—Mis cacerías, por el Duque de Montpensier.

Como las Reinas de Italia y de Rumanía y como los Soberanos de Suecia y de Mónaco, S. A. R. el Duque de Montpensier (hermano de D.^a Amelia, Reina que fué de Portugal; del Duque de Orleans y de la Princesa D.^a Luisa, esposa del Infante D. Carlos), figura ya por derecho propio en la galería de augustos escritores.

Cazador famosísimo, realizó expediciones asombrosas, en las cuales dió muerte a elefantes, tigres, panteras, cocodrilos, búfalos, gauros y otros animales verdaderamente terribles.

Con sencillez y donaire, S. A. R. ha consignado en este precioso libro sus impresiones de cazador y de viajero. Y el lector, dominado por poderoso interés, ve desfilar, cual animadas cintas cinematográficas, las aldeas moís y las selvas impenetrables, los rebaños de rumiantes monstruosos y las escenas dramáticas del acecho para sorprender al «devorador de hombres», al enemigo de los indígenas, al fetoz tigre.

Hay en la obra una fuerza de realidad y de emoción que supera a la de una novela. La vida pasa a través del libro del Duque de Mont-

Imp. M. Alvarez: Feduchy, 12 Cádiz.